

**CARTWRIGHT, NANCY Y
ELEONORA MONTUSCHI (EDS.),
*PHILOSOPHY OF THE SOCIAL SCIENCE. A NEW
INTRODUCTION*, OXFORD UNIVERSITY PRESS, 2014,
ISBN 978-0-19-964509-1, X + 330 PP.**

Ricardo F. CRESPO

UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO-CONICET (ARGENTINA)

rcrespo@iae.edu.ar

La filosofía de las ciencias sociales es una disciplina en constante evolución. Esta nueva introducción organizada por Nancy Cartwright (California/San Diego y Durham) y Eleonora Montuschi (Venecia), nos pone adecuadamente al día. Los 16 capítulos, de alcances heterogéneos, están escritos –es una característica accidental de la recopilación– por profesores mujeres (aunque no se dice en ninguna parte, es obvio que la exclusión de varones es deliberada). En la Introducción, las compiladoras señalan alguno de los cambios que se pueden apreciar en esta disciplina los últimos años: primero, la aplicación de la teoría de juegos propia de la economía a otras ciencias sociales; segundo, la comprensión del papel de los valores en estas ciencias; tercero, la necesidad de un dimensionamiento local de las investigaciones; y cuarto, una obsesión con la objetividad, que recurre a los estudios empíricos para garantizarla.

Encuentro la organización del volumen algo arbitraria, sin que esto desmerezca la calidad de las contribuciones. La primera parte se titula “debates actuales”, e incluye el primer capítulo sobre “well-being” de Anna Alexandrova (Cambridge), un segundo sobre cambio climático, por Wendy Parker (Durham), el tercero sobre la política basada en la evidencia

(importante en varias disciplinas, pero original y principalmente en la medicina) por Eileen Munro (LSE) y el cuarto sobre la arqueología colaborativa basada en la comunidad de Alison Wylie (Washington). Me pareció muy útil la tipología planteada en el primero y la apreciación crítica del tercero.

En el primero, Anna Alexandrova comienza aclarando que well-being es no sólo una cuestión de la ciencia empírica, sino que requiere una “conexión” con la filosofía normativa, una “coordinación ciencia-valores”, para saber qué tipo de valor ayuda a regular nuestras vidas porque es bueno para nosotros. Dice que es un valor prudencial. Pero después dice que no existen “principios puente” que provean constructos y medidas para aplicar las teorías filosóficas sobre el valor prudencial a la cuestión científica del well-being. Las teorías son filosóficas –eudaimonía–, los constructos psicológicos –flourish– y las medidas empíricas –cuestionarios, entrevistas. Alexandrova presenta una tabla de estas categorías para diversas ciencias y luego las explica.

En el capítulo tercero, Eileen Munro, después de explicar que es un “randomized controlled trial” (RCT) y cómo se ha generalizado su aplicación en diversas disciplinas –especialmente en la medicina– critica la validez de las “políticas basadas en la evidencia” (EBP) generada por los RCT. El lenguaje, los valores, las contingencias humanas restan objetividad y aplicabilidad universal a las “evidence-based policies”. Hay problemas de validez externa, del carácter de constructo social de los conceptos claves, de causalidad, de limitación de los temas a estudiar cuando se acude sólo a RCT y, finalmente, la poca atención a estos medios en la política real.

Encuentro que el libro comienza a tomar mayor fuerza y densidad en la segunda parte sobre asuntos ontológicos. El primer capítulo de esta sección, “Social Ontology”, es de Deborah Tollefsen (Memphis): son lúcidos tanto su planteo como la descripción de las posturas sobre la intencionalidad grupal de John Searle, Michael Bratman y Margaret Gilbert. Se pueden distinguir holismos e individualismos ontológicos y metodológicos. Dentro del individualismo hay eliminativistas y reduccionistas de lo social a lo individual. Searle, Bratman y Gilbert están

abiertos a unos valores y una intencionalidad compartidos, explícita o implícitamente acudiendo a una forma de racionalidad práctica. Helen Longino (Stanford) en “Individual or Populations?” responde esta pregunta diciendo que depende de la escala analizada.

La tercera parte aborda “cuestiones sobre la objetividad”. Comienza con el capítulo de Eleonora Montuschi “Scientific Objectivity”. Sin mencionar la noción de racionalidad práctica, la pone en juego al reconocer la posibilidad de argumentar racionalmente los valores envueltos en toda investigación social. Critica tres demandas contemporáneas: primero, la ontológica: “hablemos sólo de hechos reales”; segundo, la epistemológica: “valores afuera”; tercero, la metodológica: “usemos el mejor método” –la medición y los RCT–. Sus conclusiones son esperanzadoras: 1. No se piense que no hay objetividad en las ciencias sociales por el hecho de que sus fenómenos son “partly man-made”, 2. No pensemos que los valores restan objetividad: los valores no son malos en la ciencia, lo malo es no considerarlos o adoptarlos tácitamente, 3. Tengamos en cuenta el contexto al aplicar métodos, 4. Estemos abiertos a una pluralidad de métodos, 5. Un concepto de objetividad más inclusivo de circunstancias y detalles es más realista.

El siguiente capítulo expone la visión feminista de Sharon Crasnow. Pienso que la contribución de Heather Douglass sobre los valores en ciencias sociales, a pesar de ser ordenada y clara, es parcial en cuanto no abarca la amplia discusión sobre este tema. Sin embargo, es positiva en cuanto que afirma con claridad la necesidad de incluir los valores en la ciencia social. Concluye sosteniendo que “con los valores puestos abiertamente sobre la mesa como parte del proceso científico, los científicos y los políticos pueden incluir tanto al evidencia como los valores, en sus roles legítimos, como parte de la discusión pública” (p. 181).

En la cuarta parte Katie Steele (LSE) se ocupa de la teoría de la elección racional en “Choice models” y Cristina Bicchieri (Pennsylvania) de la teoría de juegos aplicada a la definición de las normas y convenciones. Sus exposiciones son claras y accesibles. Considero que los capítulos de la última parte (quinta) sobre metodología son especialmente valiosos. Nancy

Cartwright y Rosa Runhardt escriben sobre medición, mostrando las características y aplicabilidad de las diferentes posibles escalas (p. 272) y considerando el impacto de los valores en todo instrumento de medición. Mary Morgan, de la LSE, se ocupa del estudio de casos y Nancy Cartwright vuelve a escribir sobre la difícil cuestión de la causalidad en ciencias sociales.

El autor es Licenciado y Doctor en Filosofía por la UNCuyo, Licenciado en Economía por la UCA (Buenos Aires) y Doctor en Economía por la Universidad de Amsterdam. Es Profesor Titular en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo e Investigador Independiente del CONICET. Su campo de investigación es la Filosofía de la economía. Posee múltiples publicaciones en el país y en el extranjero.